



Cuando el Dolor quiebra Cuerpo y Voz. Sobre El *Filoctetes* de Sófocles

José Manuel Martínez-Pulet

Somos antes de nada cuerpo, cuerpo que produce sentido lingüístico por medio de la voz (cuerpo que habla), pero también cuerpo que bajo la presión del dolor exclama, grita o gime. El dolor no puede decirse en palabras, pues el dolor destruye el lenguaje¹. Cuerpo y voz mantienen con relación al dolor una curiosa dialéctica. En casos extremos, el cuerpo mismo pierde consistencia física tras la voz (el caso del torturador, tal y como ha analizado Elaine Scarry²); en otros, la voz misma, quebrada por el dolor, o incluso reducida al silencio por éste, hace que el cuerpo (sin habla) se revele como cuerpo humano en toda su vulnerabilidad y fragilidad, como cuerpo herido. Sobre el dolor, el cuerpo (que habla) y la voz (que grita y gime) versa esa tragedia tan cercana al hombre contemporáneo, pero al mismo tiempo de las menos leídas y representadas hoy: el *Filoctetes* de Sófocles

1.- Introducción: tragedia y dolor. El caso de Sófocles.

Se ha teorizado mucho históricamente sobre la relación entre tragedia y dolor. No se trata de recordar aquí las diversas concepciones e interpretaciones de la tragedia. Baste señalar como síntesis, en palabras de Lasso de la Vega, que aquella puede definirse como “la representación sublime del dolor humano”³. Y Sófocles es, entre los grandes trágicos, el privilegiado exponente de esta concepción.

Se ha señalado también que los diversos protagonistas del teatro de Sófocles son seres dolientes que en ocasiones no tienen la culpa de lo que les sucede, sino que sufren por el solo hecho de ser humanos; el héroe se enfrenta a su destino, y se ve en la compulsión de tener que actuar. Pero en Sófocles el dolor ennoblece, y sobre todo enseña. Sólo se aprende sufriendo (*πάθει μάθος*, *páthei máthos*). Y este sufrimiento lo ha de vivir en soledad. El suyo es un dolor no compartido, ante el que nada puede valer el consuelo del amigo ni la comprensión de la familia. Es, en suma, un dolor intransferible; el héroe cae en desgracia individual (*monoúmenos*), y no colectiva (como era frecuente en Esquilo). Y es un dolor «sin salida». No se trata de un sufrimiento con expectativas ni esperanzas de liberación, como lo puede ser el sentimiento doloroso de un cristiano. El campo léxico que Sófocles utiliza para expresar este sentimiento es riquísimo y de múltiples matices⁴. De este dolor sin

¹ “Physical pain does not simply resist language but actively destroys it, bringing about an immediate reversion to a state anterior to language, to the sounds and cries a human being makes before language is learned”. Elaine Scarry, *The body in pain*, Oxford University Press, New York, 1985, p. 4.

² Elaine Scarry aborda este asunto en “The transformation of body into voice”, en su libro *The body in pain*, op. cit., pp. 45-51.

³ Lasso de la Vega, *De Sófocles a Brecht*, Planeta, Barcelona, 1970, p. 14. Citado por Juan Ignacio Morera de Guijarro, “En torno al sufrimiento de Edipo (tragedia y psicoanálisis)”, en Moisés González García (compilador), *Filosofía y dolor*, Tecnos, Madrid, 2006, pp. 91-119, p.92.

⁴ Roselyne Rey, *Histoire de la douleur*, La Découverte, Paris, 1993, pp. 19-23. La autora cita en una nota a pie de página el trabajo de referencia de Martínez Hernández, *La esfera semántico-conceptual del dolor en Sófocles*, Universidad Complutense, Madrid, 1981, 2 vol.

escapatoria de sin transitividad se deriva ese otro sentimiento tan del héroe sofocleo como es su soledad. Ajax muere en soledad al hacersele insoportable el menoscabo de su honra; en la más absoluta soledad, en una soledad paradigmática, se queda Edipo en el decisivo momento de reconocer su identidad; Electra sufre sola días y noches esperando a su hermano; a solas muere Heracles; solo y abandonado en una isla desierta malvive su dolor el desdichado Filoctetes; y solo desaparece Edipo al final de *Edipo en Colono* (obra puesta en escena póstumamente en el 401 por el nieto del autor, Sófocles el Joven). Como ejemplo de esa soledad, sublime, trágica, véase el siguiente fragmento del Filoctetes:

« ¡Oh hijo, oh muchacho nacido de tu padre Aquiles! Yo soy aquel de quien tal vez has oído decir que es dueño de las armas de Heracles, Filoctetes el hijo de Peante, al que los caudillos y el rey de los cefalonios abandonaron vergonzosamente, indefenso, cuando me consumía por cruel enfermedad, atacado por sangrienta mordedura de una víbora matadora de hombres. En compañía de mi mal, hijo, aquéllos me dejaron aquí solo y se marcharon una vez que atracaron aquí con la flota naval procedentes de la marina Crisa. Entonces, tan pronto como vieron que yo estaba durmiendo después de la fuerte marejada, junto a la orilla, en una abovedada gruta, contentos me abandonaron y se fueron tras dejarme, como para un mendigo, unos pocos andrajos y también algo de alimento. ¡Mínima ayuda que ojalá obtengan ellos! ¿Imaginas, tú, hijo, qué clase de despertar tuve entonces de mi sueño, una vez que ellos hubieron partido? ¿Qué lágrimas derramé, de qué desgracias me lamenté al ver que las naves con las que había hecho la navegación se habían ido todas y *que no quedaba en la región ni un hombre que me socorriera, ni quien pudiera tomar parte en mi dolor cuando sufriera*» (vv. 261-277) (Cursiva mía)

Pero si el dolor ennoblece y enseña al héroe (y en el caso de Filoctetes, no puede ser menos cierto), ¿qué pasa con el dolor que se contempla padecer? Ciertamente, Sófocles como trágico sabía que la compasión de la audiencia no es idéntica al sufrimiento del héroe. La contemplación del dolor de otro no conduce a la sabiduría. De hecho, en la tragedia griega, el dolor del otro no puede ser compartido, sólo presenciado: el coro asiste y acompaña al héroe en su dolor⁵. Éste es siempre el dolor del héroe. Y ante él caben contadas respuestas: cabe la indiferencia y cabe la compasión. En la tragedia de *Filoctetes*, Ulises no siente más que desprecio por el protagonista; su dolor no le afecta en absoluto; o no produce en él ningún giro o 'conversión'. Neoptólemo, en cambio, se ennoblecerá por la compasión, o, dicho de otro modo, la compasión ante el sufrimiento del héroe le permitirá reencontrar su nobleza o generosidad de espíritu, suspendida inicialmente, de una manera algo precipitada debida a su juventud, ante los reclamos y las exigencias del poder.

2.- Filoctetes: del mito a la tragedia.

La tragedia sofoclea de *Filoctetes* demanda nuestra atención porque es de forma explícita una tragedia del dolor. El dolor, como he dicho anteriormente, está presente casi por definición en el arte trágico, pero la tragedia de *Filoctetes* es única

⁵ "The sternest wisdom of Greek Tragedy may be that suffering cannot be shared: only witnessed", en David Morris, *The Culture of Pain*, University of California Press, Londres, 1991, p. 253.

en el sentido de que toma al dolor, a la vez físico y psíquico (o moral), como tema y argumento propio. Es más, la acción se centra en un hecho material, el profundo dolor físico del protagonista, que rápidamente, como analizaré después, adquiere dimensiones de símbolo.

La herida que padece Filoctetes en el pie es más que una simple herida. Del mismo modo que Edipo, cuyo significado etimológico, «pie hinchado», se refiere a la herida que sufrió de niño cuando lo abandonaron para que muriera en la ladera de una montaña, Filoctetes, en un momento de descuido, tropieza en el islote de Crisa, con un arbusto sagrado donde una serpiente le muerde el pie. El dolor consiguiente comienza a devorarlo, consumirlo y a ser tan poderoso e irresistible que incluso en un momento decisivo del drama lo arroja al suelo sin sentido. Se podría decir que después de diez años de dolor incesante, Filoctetes acaba por identificarse, en cierto modo, con su herida. Su carácter ya es inseparable de su dolor.

Pero ¿quién es Filoctetes? Hoy día la formación media en cultura y mitología clásicas apenas sirve de ayuda. Filoctetes es un gran desconocido. Sin embargo, los antiguos griegos sí que estaban muy familiarizados con él, como lo demuestra el hecho de que fuese el único personaje mitológico que suscitara una obra a cada uno de los tres grandes trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides. La tragedia de Sófocles fue escrita en el 409 a. C. y es posterior a la de Eurípides. Y es muy significativo que Sófocles, al contrario que Esquilo y Eurípides, innove, haciendo de Lemnos una isla deshabitada. Los otros trágicos formaron el coro con habitantes de la isla. Que la isla esté desierta, y no reciba más que la visita de algún marinero perdido (vv. 300-305), acrecienta la exclusión que ha experimentado Filoctetes, exclusión de la comunidad griega, exclusión del mundo habitado, exclusión del mundo heroico. Filoctetes es, en manos de Sófocles, el hombre resignado a la máxima miseria, el enfermo que languidece y que en terrible soledad arrastra su triste vida sustentándose tan sólo con el uso de su arma.

Pero vayamos al asunto. Filoctetes fue un famoso arquero de origen tesalio, hijo de Peante, que acudió a la guerra de Troya con siete barcos y 50 arqueros cada uno (Homero, *Ilíada*, II, vv. 718-719; Sófocles, *Filoctetes*, v. 1027). Amigo de Heracles, fue el que encendió la pira (Ovidio, *Metamorfosis*, IX, v. 233) que éste había construido en el monte Eta, en Traquis, para poner fin a su vida, cuando sufría terribles dolores como consecuencia de la sangre del centauro Neso con la que su esposa Deyanira, por celos, había impregnado una túnica que envió a Heracles (Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, IV, 38, 4). Por esta acción el héroe tebano le dio su célebre arco y sus flechas, que utilizaba con gran destreza (Homero, *Odisea*, VIII, 219) y le hizo jurar que no revelaría nunca a nadie el lugar en el que había estado la pira. Pero no lo cumplió, ya que, pese a que no contestó a las preguntas al ser interrogado, se trasladó al lugar en el que había estado la pira y golpeó el suelo con su pie con un gesto evidente. Esto le valió el siguiente castigo: camino de Troya paró a dormir en la isla de Ténedos, y fue mordido por una serpiente, mientras realizaba un sacrificio. En la versión de Sófocles la isla no es Ténedos, sino Crisa (*Filoctetes* vv. 194, 270, 1327), donde una serpiente mordió a Filoctetes cuando limpiaba el altar de la ninfa Crisa, que daba nombre a la isla; isla que, por lo demás, desapareció en el siglo II d. C. (Como nos cuenta Pausanias, en *Descripción de Grecia*, VIII, 33, 4, las olas la cubrieron por completo y se hundió, desapareciendo en las profundidades del mar). La herida se infectó muy pronto, hasta el punto de despedir un hedor insoportable, por lo que no le fue difícil a Ulises convencer a los demás caudillos griegos de que abandonasen al herido en Lemnos, cuando la flota pasara cerca de esta isla. Sin embargo, otra razón aducida para el abandono del héroe fue que los gritos que daba el infeliz por el dolor que le provocaba su herida, que no curaba, turbaban el orden y el silencio ritual de los sacrificios. Sea como fuere el instigador de este abandono fue, como hemos dicho, Ulises, sobre quien recae generalmente la responsabilidad del acto; pero la decisión la

tomó Agamenón, en nombre de todo el ejército argivo y como comandante supremo del mismo. Abandonado, pues, en la isla de Lemnos Filoctetes estuvo allí diez años solo, con la herida emponzoñada, alimentándose de las aves que mataba con las flechas de Heracles.

Entretanto proseguía el asedio a Troya que, al cabo de diez años, seguía sin ser tomada. Paris había muerto y un adivino troyano capturado por los argivos, Heleno, reveló a éstos que Troya no podría ser tomada a no ser que, entre otras condiciones, sus enemigos fueran armados con las flechas de Heracles y el propio Filoctetes participara en la acción. Otra versión la da la tragedia de Sófocles, según la cual Paris no había muerto aún, sino que el destino había reservado a Filoctetes la misión de acabar con su vida, una vez volviera a Troya y fuese curado de su herida por los médicos Podalirio y Macaón, hijos del dios de la medicina Asclepio, o bien por el propio dios (*Filoctetes* vv. 1436-1437). La curación de Filoctetes, en la versión más extendida, la practicó Macaón, con la ayuda de Apolo, quien sumió a Filoctetes en un profundo sueño, y de Asclepio, quien le proporcionó una planta que, a su vez, había recibido del centauro Quirón. Macaón aplicó esta planta a la llaga, después de haberla lavado con vino y cortado la carne muerta. Como el episodio de la muerte de Paris a manos de Filoctetes entraba en contradicción con la historia de la profecía de Héleno, (pues, al parecer, Héleno no fue capturado hasta después de la muerte de Paris), se contaba que la profecía que ordenaba que Filoctetes se reintegrara de Lemnos a Troya era de Calcante, el adivino titular de la expedición griega en Troya.

Sobre la forma en que los griegos consiguieron que Filoctetes les acompañara a Troya hay varias versiones. En una fue Ulises quien, solo, partió hacia Lemnos; otra, la de Eurípides e Higino, dice que le acompañó Diomedes, y la versión sofoclea, sobre la que más adelante nos detendremos, narra que Ulises marchó a Lemnos acompañado del hijo de Aquiles, Neoptólemo. En Eurípides, Ulises y Diomedes se apoderan, mediante la astucia, de las armas de Filoctetes, y obligan al héroe a acompañarlos desarmado. O bien le hablan del patriotismo y el deber, o, finalmente, le prometen la curación por los cuidados de Podalirio y Macaón.

Después de la toma de Troya, Filoctetes regresó a Grecia, a su patria de Eta, tras depositar en la tumba de Heracles el botín conseguido en Ilión. Otra versión cuenta que viajó a Italia meridional, donde fundó varias ciudades en la región de Crotona, como Petelia y Macala, donde consagró a Apolo las flechas de Heracles.

3.- El *Filoctetes* de Sófocles.

La tragedia de Sófocles dramatiza el momento en que a la isla de Lemnos llegan Ulises y Neoptólemo (joven y ardoroso hijo de Aquiles) con la intención de llevar a Filoctetes y a su arco a Troya para que así se cumpla el oráculo. Saben que no le van a encontrar propicio a este designio, puesto que años atrás fue abandonado herido en Lemnos por los mismos que hoy consideran su ayuda imprescindible. Ulises va dispuesto a utilizar cualquier trampa para engañar al hostil Filoctetes; en cambio, el joven Neoptólemo, hijo de Aquiles desembarca dejando muy claro que «prefiere fracasar obrando rectamente que vencer con malas artes» (vv. 95-96). En el fondo, Neoptólemo es un «alma bella» cuya rectitud de conciencia no parece tener precisamente mucha consistencia, ya que le bastan los hábiles argumentos de Ulises para convencerle de la necesidad de la acción. De lo que se trata, le explica, es de conseguir la victoria; ya habrá tiempo después para mostrarse justos. Tras la breve desvergüenza (v. 85) que el día requiere, vendrá toda una larga vida en la que podrá ser llamado «el más piadoso de los mortales» (v. 85). Por lo demás, aclara Ulises, las

palabras son instrumentos para conseguir los objetivos que uno se propone, lo mismo que las acciones (vv. 105-110). Neoptólemo, pues, está decidido a obligar por la fuerza a Filoctetes a acompañarles a Troya con su arco, pero no se decide a engañarle a fin de lograr el mismo resultado. Digno de la estirpe de Aquiles, la preocupación básica de Neoptólemo es ser valiente y una de las características del valiente es la arrojada y altiva sinceridad. Ulises le convence de que ahora tiene una ocasión de hacerse reputar por sabio y no sólo por valiente (v. 119). Lo que Ulises ofrece a la consideración de Neoptólemo para persuadirlo es sin duda una «razón de Estado», pero no anónima y burocrática, sino realzada de gloria y nombradía. Y Neoptólemo la acepta porque, como dice más adelante, «la justicia y la conveniencia me obligan a obedecer a los que están en el poder» (v. 925).

Entra en escena Filoctetes y comienza el fingimiento. Ulises no se dejará ver, y Neoptólemo, simulando ser enemigo de los griegos, deberá granjearse la simpatía de Filoctetes y llevárselo a su nave. El pobre enfermo se entrega lleno de confianza al joven valiente para que lo saque de su angustiada soledad y como muestra de su reconocimiento le deja el arco famoso de Heracles para que lo guarde más seguramente. Al final, mientras se dirigen a la nave, Neoptólemo se ve obligado a decirle la verdad, y, entonces, aparece también Ulises. Filoctetes se niega a partir; prefiere perder el arco y morir de hambre, si es preciso, antes de ceder a sus odiosos enemigos. La cosa parece quedar así, sin posibilidad de solución, cuando aparece en el cielo el héroe Heracles e invita a Filoctetes a ceder ante la necesidad.

Entre los dramas de Sófocles éste es precisamente uno de los más unitarios. Desde el primero hasta el último momento vive sólo Filoctetes con sus vendas podridas, su dolor lacerante, su congoja. Soledad, melancolía, miseria, silencio en la isla desierta, todo indica humilde resignación y triste necesidad, a la cual únicamente se substraen la conciencia dura y altiva del héroe traicionado. Quien se le acerca, queda totalmente vencido por él si es un alma buena, y si es un alma tortuosa, choca contra él como contra un muro; de una parte está Neoptólemo, de la otra, Ulises.

4.- Los personajes: Ulises, Neoptólemo, Filoctetes

Los personajes fundamentales de la tragedia son tres. Ulises es el político consumado: hombre astuto, maquinador, camaleónico, de palabra de doble sentido, audaz. Nada más salir a escena nos descubre sus intenciones: «No nos es propicio el momento para largos discursos, no vaya a ser que se aperciba de mi venida y eche a perder todo el artificio con el que creo poder cogerle pronto» (vv. 12-15). De hecho, confiesa a Neoptólemo que le necesita para que su engaño tenga éxito y muy sagazmente le incita a prestarse «para algo desvergonzado» por un corto espacio del día para que después pueda ser llamado «el más piadoso de todos los mortales» (vv. 84-85). Para él, el engaño queda justificado «si la mentira reporta la salvación» (v. 110).

Neoptólemo, de ardiente juventud y noble cuna, prefiere la nobleza de los hechos a las palabras engañosas. «Por mi naturaleza, no hago nada con medios engañosos, ni yo mismo, ni, según dicen, el que me dio el ser» (vv. 87-88). Esta predilección por la acción noble y virtuosa refleja la educación aristocrática de la juventud griega: «Para los hombres bien nacidos, lo moralmente vergonzoso es aborrecible y lo virtuoso es digno de gloria» (vv. 476-477). Por ello, se resiste desde un principio a ejecutar el engaño ideado por Ulises («prefiero, rey, fracasar obrando rectamente que vencer con malas artes» – v. 95), pero al final consiente ante el argumento de que sólo así se tomará Troya. Poco después, y llevado por la profunda

compasión ante el dolor del protagonista, se arrepiente de haber sometido «a un hombre con engaños y embustes vergonzosos» (v. 1228) y cuenta a Filoctetes la verdad del caso, devolviéndole finalmente el arco. Quiere reparar la falta cometida. Y esa acción le va a mostrar a Filoctetes de qué estirpe ha nacido (v.1311). Sófocles condensa aquí su convicción de que la nobleza de acción no se aprende (dura lección contra los sofistas contemporáneos) sino que viene por nacimiento.

Por último, Filoctetes es el personaje central que da título a la tragedia. Desde el principio de la pieza aparece como un ser que sufre un dolor intenso, terrible, insoportable. Las quejas y gritos lacerantes que le produce se dejan oír en diferentes momentos del desarrollo dramático. Cabe decir, por ello, que Filoctetes es su dolor, su herida. Y a este respecto son bien elocuentes los términos con los que el protagonista trata de referir, siempre forzando al lenguaje en los límites de sus posibilidades, el dolor que padece: es un dolor que «consume (v. 311), que «nunca se sacia» (v. 313), que «invade» (v. 745), que «devora» (v. 745). Es un dolor que hace prorrumper en gritos «en contra del buen sentido» (v. 1195); o que aborta el habla (vv. 740-742), o incluso que quiebra la voz. Pero en el fondo es un dolor que no puede ser realmente descrito con palabras (v. 756). El silencio implícito en el dolor no puede formularse de una manera más clara. Y al igual que Job, invoca repetidamente a la muerte para que le socorra. «¿Por qué, si así te llamo sin cesar, día tras día, no puedes llegarte alguna vez?» (vv. 796-798). En una ocasión el sufrimiento es tan intenso que le arroja al suelo privado de sentido: es el momento trágico en que el dolor quiebra también el cuerpo, en el que se escenifica el cuerpo humano consumido por el dolor.

Pero lo que en un principio no se presenta al espectador más que una llaga física, una herida purulenta en el pie, acaba por incorporar o simbolizar otros niveles de significado más profundos. Es lo que analizaré a continuación.

5.- Los significados del dolor en *Filoctetes* y su escenificación

La razón por la cual los griegos abandonan a Filoctetes en la isla de Lemnos nos dice ya algo importante del dolor. La mordedura de la serpiente había empezado a pudrirse. Su hedor, así como los gritos y las blasfemias del protagonista, empezaban ya a ser insoportables. Se trata, pues, de una llaga física que supura de forma tan pestilente que nadie puede soportar sin asco la proximidad del herido y causa accesos de dolor tan intensos que le lleva a pegar alaridos y a aullar. El dolor lacerante va siempre acompañado de gritos, quejas, alaridos, que, si por un lado tienen una función aliviadora o, incluso, catártica para quien los padece, por otro lado pueden resultar insoportables a quienes lo rodean. En el caso de Filoctetes, una mañana temprano, sus amigos se marchan y le dejan abandonado en la isla desierta. Acto cruel, pero razonable en la economía de la acción heroica, pues con ello se lograba proteger el ánimo guerrero de los combatientes. «Y yo me consumo, miserable, desde hace diez años ya, entre hambre y sufrimientos, alimentando esta enfermedad que nunca se sacia» (vv. 311-313).

Este dolor físico tiene dimensiones míticas que van a permitir a Sófocles, como mostraré más adelante, dar un significado 'piadoso' a la necesidad del retorno del héroe a Troya. En efecto, la herida que sufre es consecuencia del castigo divino (de divinidades ctónicas) ante una transgresión. Como Neoptólemo le recuerda casi al final de la pieza, «tú padeces este mal por un destino que te viene de los dioses, ya que te acercaste a la guardiana de Crisa, a la serpiente vigilante que a escondidas custodia el descubierto cercado» (vv. 1325-1329). No es en absoluto la secuela gloriosa de algún combate de igual a igual, sino una especie de accidente furtivo y fatal, una de esas

cosas que nos pasa a los hombres, un mal encuentro con alguna de esas realidades hostiles que bastan para derribarnos. A causa de su llaga, el orgulloso arquero Filoctetes se ve convertido no en un honroso inválido de guerra, sino en un pobre y repugnante miserable. Miserable se siente Filoctetes, como miserable se siente Job con su lepra.

Que Filoctetes es ya su herida se reconoce por el modo tan hábil en que Sófocles retarda su entrada en escena⁶. Ésta se ha hecho preceder por el hallazgo por parte de Neoptólemo de «unos harapos llenos de repugnantes pus» (v. 39) y por agudos gritos de dolor (después del verso 200) que hacen exclamar al coro: «Un grito se ha oído claramente, cual es habitual en un hombre que sufre, en alguna parte, por aquí o por aquellos lugares» (vv. 203-205). El dolor quiebra el lenguaje y todos conocemos (y reconocemos en el otro) el sonido de esa inflexión. El coro pide entonces silencio. Los sonidos que se oyen a continuación no son de persona que camina, sino de alguien que se arrastra. Y de nuevo se deja oír un «terrible grito» (v. 219), no ya un mero grito de dolor sino un grito desgarrador que expresa la amargura del sufrimiento prolongado. Ese sufrimiento físico prolongado genera compasión en el coro. «Yo siento compasión por él, porque, desdichado, sin que se preocupe de él ningún mortal y sin ninguna mirada que le acompañe, siempre solo, sufre cruel enfermedad y se angustia ante cualquier necesidad que se le presente» (vv. 170-175).

Pero, como este texto acaba de mostrar, el dolor físico de la herida purulenta es sólo un primer nivel de significado del sufrimiento de Filoctetes.

Es necesario descubrir además, en él, como si fuera su símbolo, el dolor psíquico, igualmente insoportable, de saberse abandonado por los suyos. Éste le consume casi más que la herida del pie. Recordemos que, para el griego, según lo expresara Aristóteles, el hombre es social por naturaleza. Y el hecho de verse forzado a vivir sin la compañía de otros seres humanos es ya una herida particularmente dolorosa, pues le condenaba a vivir marginado del lugar donde el individuo puede alcanzar y perfeccionar su humanidad: en la ciudad. Además, si hemos de reconocer, también con Aristóteles, que el lenguaje es el signo que evidencia la naturaleza social del hombre, no es de extrañar que el placer mayor que experimente Filoctetes ante la llegada de Neoptólemo y los suyos, no sea su vestimenta, aunque aparente ser de helenos, sino su lenguaje. «¡Oh queridísimo lenguaje!» (v. 235). ¡Hablan griego! Por ello, cuando Neoptólemo le informa de que parte hacia Esciros, Filoctetes le suplica que le lleve con él: «¡Por tu padre, por tu madre, oh hijo, por lo que te es más querido en la casa!, me dirijo a ti como suplicante, no me dejes solo, abandonado en medio de estas desgracias en las que me ves y con las que me has oído vivir» (vv. 469-464). Y le insiste reiteradamente: «no me dejes así abandonado, lejos de toda huella de los hombres, sino, por el contrario, sálvame, llevándome hacia tu patria o hasta la residencia de Calcodonde en Eubea» (vv. 487-490). La salvación, la humanidad, para el griego, era cuestión de vivir en compañía, entre hombres.

Sin embargo, en lugar de brindar la ocasión para desarrollar y perfeccionar su humanidad, la herida provocó la ruptura de los lazos con los demás. De aquí el rencor de Filoctetes, manifestado en diversas ocasiones, contra Ulises y los Átridas (vv. 314-316, 416-418, 1035). Lo que reclama de algún modo es venganza o justicia para los que le han privado de su condición misma de humano, que no es sino la de vivir en compañía de otros (pues como decía Aristóteles, de nuevo, el hombre que no vive en sociedad, no es un hombre, sino fiera o dios): «¡Tales son las cosas que me han infligido, oh hijo, los Átridas y el violento Odiseo, a quienes quieran los dioses olímpicos permitir que sufran algún día padecimientos que sean expiación de los míos!» (vv. 313-316). Filoctetes añora cuanto representa compañía, las relaciones

⁶ Es un detalle sobre el que insiste el análisis que David Morris, en la obra citada, lleva a cabo de la escenificación del dolor en el Filoctetes.

humanas. En el desarraigo salvaje de su aislamiento, intenta sobre todo dar forma humana a su suerte aciaga por medio de un techo y de un fuego, aunque tales logros no le curen de lo más profundo de su mal: «Verdaderamente un techo bajo el que establecerse con fuego proporciona todo, excepto el que yo deje de sufrir.» (vv. 297-299). La llegada de Neoptólemo, hijo de un compañero de armas al que admira y la noticia de cuya muerte le consterna, Aquiles, parece prometer todo lo que anhela: palabra, compañía, comprensión para su daño y un medio de volver a la sociedad humana.

Pero con la llegada de Neoptólemo y su primer encuentro con él, Filoctetes va a ahondar más su dolor, pues ese abandono, ya de por sí humillante, en el que ha vivido durante diez penosos años se va a prolongar con la angustia ante el olvido (*lethé*) al que cree que le han condenado los suyos, un segundo abandono que esta vez le margina, no de la sociedad en general, sino del tiempo mismo de los hombres: de la memoria. Recordemos que el olvido era el mal de la sociedad heroica y de la educación aristocrática en general. Sófocles, de una forma genial, relaciona estas tres dimensiones o niveles del dolor que padece Filoctetes: «los que me abandonaron impíamente se ríen guardando silencio, mientras que mi dolencia no deja de crecer y va a más» (vv. 258-260). Ese dolor tan intenso le hace sentir el más desgraciado y odioso para los dioses (v. 254). Y curiosamente, como en el caso de Job, le lleva a dudar de la bondad divina: los malos sobreviven y prosperan (vv. 446-447), mientras que los mejores padecen y perecen: «¿Cómo hay que entender esto y aprobarlo cuando, al tiempo que alabo las obras divinas, encuentro a los dioses malvados?» (vv. 451-453). Es la queja de Job, la lúcida e impotente rebeldía de los miserables. Pero ahora que hombres buenos han desembarcado en Lemnos, quizá todo pueda finalmente repararse...

6.- La reparación de la falta: la propuesta de Neoptólemo

Neoptólemo se gana la confianza de Filoctetes prometiéndole llevarle de nuevo de regreso allá donde podrá de nuevo comer en compañía y beber ese vino que no ha probado desde hace diez años. Ulises tenía razón, y las palabras seductoras han triunfado sin esfuerzo allí donde medios más violentos hubieran fracasado estrepitosamente. Queda tan sólo el problema de embarcar a Filoctetes en compañía de su gran enemigo y llevarle a cumplir la misión que ha de reportar triunfo y gloria a quienes le maltrataron. Pero entonces acontece algo que acabará por desbaratar los planes de Ulises y de un ya vacilante Neoptólemo. En respuesta a la falsa promesa de éste de llevarle a su hogar, Filoctetes, en el emotivo momento en el que siente intensificarse su dolor hasta el extremo del desmayo, le hace entrega del anhelado arco con el que, según el oráculo de Héleno, los argivos tomarán Troya. Filoctetes le bendice, ensalza la virtud de su nuevo amigo y trata de ocultarle los aspectos más repulsivos y molestos de su dolencia para que no se desanime de su propósito de llevarlo a casa. Filoctetes se había presentado como suplicante (con todas las connotaciones que el ser suplicante tenía entre los griegos) y le había augurado buena fama: «Si dejas de hacer esto, será una vergüenza infamante, pero si lo haces, oh hijo, tendrás el mayor privilegio de una buena fama, si yo llego a la tierra etea» (vv. 477-480). Pero eso no había operado ningún cambio en la actitud de Neoptólemo. Cuando en cambio Filoctetes pierde el conocimiento presa del dolor, sólo la contemplación de su cuerpo reducido a un silencio inconsciente comienza a operar un cambio efectivo en el hijo de Aquiles. Ciertamente, ya se había apoderado la compasión del joven noble ante los dolores y sufrimientos de Filoctetes («sufro desde hace rato, mientras

lamento las desgracias que te afligen» -v. 806), pero desde el momento en que tiene delante de sí un cuerpo inconsciente quebrado por el dolor esa compasión se intensifica lo suficiente como para producir un cambio en su ánimo y un giro en el desenlace del drama (vv. 965-966).

Neoptólemo vacila, pues, en proseguir con el engaño y el arquero interpreta esta renuencia como un volverse atrás por culpa de la abominación de su llaga. Pero no es esa repugnancia la que perturba el ánimo del joven hijo de Aquiles: «Todo produce repugnancia cuando uno abandona su propia naturaleza y hace lo que no es propio de él» (vv. 902-904). Al perder su naturaleza propia y sus exigencias de juego limpio con el semejante, todo queda ya viciado por la náusea. Neoptólemo quiere el triunfo, desde luego, pero lo quiere sin renunciar a su naturaleza. No quiere vencer contra sí mismo, a costa de perderse a sí mismo. La compasión ante el cuerpo quebrado por el dolor de Filoctetes le transforma de un joven inseguro y maleable en un héroe maduro que sabe mostrar generosidad de espíritu⁷. Ya no muestra hacia Filoctetes una amistad simulada sino una preocupación genuina. Sin embargo, justicia y conveniencia le imponen la obediencia a sus gobernantes y tampoco puede renunciar a ella sin desnaturalizarse en cierto modo. Por ello intenta conciliar estas exigencias opuestas, hablando francamente con Filoctetes y haciéndole una propuesta razonable: le ofrece su curación y su reinstauración plena en la sociedad a cambio de su colaboración voluntaria en la batalla definitiva contra Troya.

Pero al saber la verdad, Filoctetes se siente profundamente dolido y traicionado. De nuevo se utiliza contra él el abuso y la prepotencia, unidas ahora al engaño. El momento del pacto con los adversarios y de la componenda razonable ya ha pasado: ahora el último derecho que le queda es decir rotunda y obstinadamente: «No». Se emplean encarnizadamente en vencerle, siendo como es ya un mero cadáver, «una sombra de humo». ¡Más le valiera estar efectiva y definitivamente muerto! Incluso amenaza por suicidarse (v. 1002). Las imprecaciones de Filoctetes contra la vida, solicitando armas con las que poder suicidarse, o *exigiendo* de dioses y hombres el alivio de la muerte, son de lo más significativo e impresionante de la tragedia griega. Lo que Neoptólemo le propone es un trato razonable, nada humillante, y, desde un punto de vista meramente práctico, muy conveniente para todos. A fin de cuentas, la suerte de Filoctetes va a mejorar; pero el privilegio del herido, del abandonado, del rechazado, del que ha visto su humanidad pisoteada por causa de su herida, es no querer mejorar a cualquier precio o de cualquier modo. Avenirse a la propuesta de Neoptólemo es aparentemente más digno y ventajoso que seguir padeciendo abandono en Lemnos o someterse a la coacción que Ulises está dispuesto a utilizar contra él: pero Filoctetes, sencillamente, ya no quiere. No quiere ceder; no quiere ceder su voluntad de no querer. Se le abandonó por ser un herido apestoso e inútil para todos; por tal causa se le negó el reconocimiento debido a la humanidad. Y ahora él no quiere aceptar el trámite de la cura y de su utilidad irremplazable en el ejército a fin de ganarse el derecho a la sociedad que se le arrebató indignamente. Filoctetes quiere ahora ser aceptado como hombre herido, como hombre que apesta, como hombre inútil; o prefiere seguir en su isla solo y abandonado de dioses y hombres. No está dispuesto a dar su arco ni su aquiescencia para ganarse el aprecio de los que le despreciaron. Le conviene, pero no quiere. Es razonable, pero no quiere. A Filoctetes ya no le queda más que el privilegio hediondo y supurante de su herida. Filoctetes se ha convertido en su herida, es ya plenamente su herida. Ahora ésta es la naturaleza humana misma para él: y no sabría renunciar a ella sin sentir asco de sí mismo, como el propio Neoptólemo tendrá que reconocer.

⁷ Aspecto del drama que es resaltado por David Morris en su análisis del personaje. David B. Morris, *The Culture of Pain*, op. cit., p. 253.

El drama llega a un punto muerto. Ni la astucia de Ulises ni la compasión de Neoptólemo se muestran capaces de producir el desenlace deseado. Una vez que Filoctetes ha manifestado insistentemente su negativa a dar su brazo a torcer, el coro se aparta de su lado. Si hasta ahora le hemos visto compasivo y solicitando la compasión a Neoptólemo, a partir de este momento le vemos increpar a Filoctetes y reprocharle por «no entrar en razón», por dejarse llevar por su odio hacia Ulises y los argivos ‘más allá de lo razonable’, por no atender a lo conveniente y justo. Una y otra vez el coro le advierte de la necedad y torpeza de su actitud. Por esa negativa, ya no merece clemencia ni compasión (v. 1321). Su dolor ya no será a partir de ahora consecuencia lastimosa de un accidente fortuito, sino que será un dolor querido y decidido. Y para el griego la compasión no ha lugar ante las acciones propias del exceso, de la *hybris*, que lo sitúan más allá de lo razonable. En ese exceso el héroe comete impiedad.

Pues bien, el desenlace a este punto muerto al que Sófocles ha llevado la acción va a requerir el recurso al plano divino, agotadas las vías humanamente posibles: el *deus ex machina*. Sófocles recurre, pues, al orden divino para poner en relación el castigo (sagrado) de la herida con la reparación de la falta que los mismos dioses han decidido. Debe aceptar los designios divinos, que de los sufrimientos presentes obtenga una vida gloriosa (v. 1423), y partir para Troya.

7.- La intervención final de Heracles.

En efecto, cuando Neoptólemo ha desistido de persuadir a Filoctetes, y éste se ha empeinado en no dar su brazo a torcer, las cosas quedan sin camino humano de salida. Un Heracles divinizado, que viene del Olimpo, persuade con su palabra la resistencia de Filoctetes y encauza la acción por el camino «míticamente correcto». Los dioses han establecido que «de los sufrimientos presentes obtengas una vida gloriosa» (v. 1422). Después les advierte de que deben mostrar la debida reverencia para los dioses (reflexión genuinamente del poeta, que conservó siempre su fe religiosa). La pieza termina con un Filoctetes decidido abandonando la isla y embarcándose con Neoptólemo y Ulises hacia Troya en busca de su destino último.

Se ha escrito mucho sobre la asimilación de la aparición de Heracles al final de la tragedia al recurso del *deus ex machina* euripídeo. Albin Lesky, en su *Historia de la literatura griega*, señala que, a diferencia del ‘deus ex machina’ de Eurípides, el de Sófocles está ligado más estrechamente a la estructura general del drama. El hecho de que Filoctetes lleve el arco de Heracles desde su muerte en el Eta es una circunstancia externa. Más esencial resulta que Heracles induzca al amigo a ceder no con un acto de autoridad, sino aludiendo a su propio camino, que a través de grandes sufrimientos le llevó a las alturas⁸.

Lasso de la Vega, a su vez, en la introducción a las *Tragedias* de Sófocles, en Gredos, con su peculiar estilo, se expresa así:

“Aquí se produce la epifanía de Heracles, viejo camarada de Filoctetes (de aquél recibió su arco) y hoy deificado. Enseña Heracles el sentido del destino de Filoctetes, que toda su existencia es, a su vez y sucesivamente, desgracia y felicidad. Adivina porvenires que escapan a los humanos, para su enseñanza. El héroe, qué remedio, obedece: si el cristiano sabe dar a la libertad toda la dignidad de la obediencia, el griego sabe dar a la obediencia toda la dignidad de la libertad. La solución de Heracles preserva la dignidad de

⁸ A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid, 1976, p. 457.

Filoctetes y, a la vez, se cumple la voluntad de los dioses. Este episodio final ¿es, como pretenden algunos, el *deus ex machina* que, con desprecio de todo lo anterior en el drama, metiéndose al quite satisface las exigencias de la leyenda, como en Eurípides? ¿Esta epifanía es una interiorización del mito tradicional, en el sentido de una revelación íntima de la virtud del propio héroe, como pretende Whitman?

Heracles habla al hombre Filoctetes, se pone a sí mismo como ejemplo humano y la respuesta de Filoctetes se explica en el marco de la piedad sofoclea. Retirados los dioses de la acción dramática, queda al hombre un amplio territorio de actuación; pero toda su inteligencia y sus planes solamente consiguen que las cosas se enreden inextricablemente hasta que lo divino restaura, al final, el orden. Filoctetes cede y emprende el camino hacia Troya y hacia su propia gloria.”⁹

Parece ser, pues, que, lejos de tener el sentido del ‘*deus ex machina euripídeo*’, la intervención final de Heracles se explica en el marco de la piedad de un trágico, Sófocles, que jamás renunció a su fe religiosa. El punto muerto al que lleva Sófocles la acción en el ámbito humano (con el fracaso de la estrategia de Ulises y con el fracaso de la propuesta de un Neoptólemo compadecido del dolor del héroe) sólo puede tener una resolución divina, pues la herida que aqueja a Filoctetes es consecuencia de una trasgresión sagrada. La humanamente comprensible cerrazón final del héroe a ceder a los deseos de Ulises y Neoptólemo constituye, en definitiva, la *hybris* del protagonista, y como tal ha de ser corregida mediante una piadosa aceptación del designio divino. Ese designio parece revelar un orden, el divino, para la cual, el dolor humano resulta indiferente. El profundo dolor de Filoctetes, el sufrimiento pasado, parece no constituir ningún argumento para los dioses. En realidad, la aceptación piadosa del designio divino significa entre otras cosas la aceptación trágica de un mundo que parece no contar con las ansias de sentido del hombre, o, como dice magníficamente George Steiner, de un mundo en el que los hombres son huéspedes no invitados¹⁰.

8.- A modo de conclusión

Nietzsche defendía que la tragedia producía conocimiento, el conocimiento trágico, en relación a nosotros mismos y al mundo. Lo que se aprende de la tragedia, no obstante, no tiene nada que ver con la moraleja de una fábula o de un cuento. Se trata más bien de una experiencia que nos transforma y de la que no podemos dar cuenta cabal. El Filoctetes de Sófocles nos hace sentir cómo el dolor puede reducir una vida humana a la más completa miseria, cómo va consumiendo la propia identidad hasta que ésta no es más que dolor. Filoctetes mismo confiesa a Neoptólemo que el dolor le ha reducido a “un cadáver, una sombra de humo, una mera apariencia” (vv. 946-947). ¿Qué queda de lo humano en ese estado sino nuestra vulnerabilidad del cuerpo, de la carne en que consistimos?

Por contra, la tragedia nos puede hacer sentir también cómo la compasión por el dolor ajeno ennoblece el carácter y humaniza, como vemos a través de Neoptólemo. Pero en último término la tragedia quiere ser un bálsamo curativo que nos haga soportable lo insoportable¹¹. Ahora bien, para Filoctetes y para el espectador ateniense, el sufrimiento de aquel se acaba justificando de algún modo con relación al

⁹ Lasso de la Vega, “Introducción general”, a Sófocles *Tragedias*, Gredos, Madrid, 1982, p. 16.

¹⁰ George Steiner, *La muerte de la tragedia*, Azul Editorial, Barcelona, 2001.

¹¹ F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pp. 78-79.

designio divino, al futuro que los dioses han previsto para él. ¿Podríamos imaginarnos un Filoctetes tras la muerte de Dios?

Bibliografía

- Sófocles, *Tragedias*, Gredos, 1982.
- Moisés González García (compilador), *Filosofía y dolor*, Tecnos, Madrid, 2006.
- Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Paidós, 1982.
- Albin Lesky, *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid, 1976.
- David Morris, *The Culture of Pain*, University of California Press, Londres, 1991
- F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Roselyne Rey, *Histoire de la douleur*, La Découverte, Paris, 1993.
- Elaine Scarry, *The body in pain*, Oxford University Press, New York, 1985
- George Steiner, *La muerte de la tragedia*, Azul Editorial, Barcelona, 2001.

Junio 2008.